

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**  
 En esta, un mes. . . . . 0.50 pesetas  
 Donde pudiese del Distrito. . . . . 0.50 "  
 Provincias, el trimestre. . . . . 1.50 "  
 Extranjero. . . . . 2.50 "

**PAGO ADELANTADO**  
 Redacción y Administración: SOTO, 17

No se devuelven los originales

# EL LIBERAL

**TARIFA DE ANUNCIOS**

MEMOROTECA PROVINCIAL  
 SOFIA MORENO VARRIDO  
 Aquellas de distribución gratuita, sueltas, comunicados, etc., prima especial.

Semanario defensor de los intereses regionales

## LA FATIGA DE "LLEGAR"

Días pasados, algunos periódicos, no todos, han dedicado al IV aniversario del fallecimiento de Moret unas cuantas líneas amables. Leyéndolas, me ha parecido ver de nuevo, no al Moret en toda la plenitud de su vida y de su influencia, sino a aquella figura melancólica, pálida, de los últimos años, aquel Moret sin partido, casi sin amigos, en cuyo rostro afiado, venerable, habían esteceotipado el desencanto y las penas una sonrisa resignada y triste. ¡Es cosa extraña! Yo que le conocí vigoroso, batallador, activo hasta el vértigo, iniluyente, jefe consagrado de una gran hueste, siempre que evoco su figura le veo en sus meses postreros, cuando abatido, pero siempre cortés, sonriente, marchaba hacia la tumba. A todos sorprendió su brusca desaparición. Nadie le vio en esa decadencia física que nos ha hecho contemplar con amargura a otras grandes figuras. ¿Sabía alguien que estaba muy enfermo? Yo creo que sólo sus deudos y algunos de sus íntimos. Y es que la característica de Moret fue siempre una cierta dignidad de toda su persona, dignidad que se extendía a lo meramente físico y que le hizo llegar erguido a su lecho de muerte.

Sin embargo, Moret, que no se descomponía nunca, que era el hombre bien educado por excelencia; encubría bajo aquella sonrisa dulce y un poco fría, grandes y fuertes pasiones. Contra lo que generalmente se cree, yo he sostenido muchas veces que su energía era de hierro.

Recuerdo ahora tres momentos de su vida en que la máscara de serenidad desapareció de su semblante. Y lo recuerdo, sin duda, porque en las tres ocasiones fué grande la impresión que el hecho me produjo.

La primera vez fué en Cádiz, en su pueblo natal. El gobierno de Montero Ríos me había nombrado gobernador civil de aquella provincia. Moret, por primera vez, después de muchos años, presentó su candidatura por la circunscripción. Salió triunfante por el primer lugar y pocos días después de las elecciones quiso dar las gracias a sus paisanos y marchó a Cádiz, donde permaneció más de una semana. Me correspondió el honor de alojarle en el Gobierno, y, como era natural, le acompañaba a los numerosos actos a que, sin descanso, concurría. En uno de esos días había pronunciado su admirable discurso con motivo de la inauguración de la estatua de Castelar, había asistido a un banquete, por la mañana, a una recepción (con discurso) por la tarde, a un champagne de honor en el Círculo gaditano... Cuando a las once de la noche, fatigadísimo por la dura jornada, se disponía a retirarse, le invitaron para beber otra copa de champagne en el Círculo Mercantil. Afable, sonriente, teniendo para todos una frase amable, permaneció otra hora en el Círculo. Pasada ya la media noche, pudo despedirse, volvió a estrechar cien manos y, por fin, se desplomó más que se sentó, en el carruaje cerrado que nos esperaba a la puerta. Aún no habían arrancado los caballos cuando observé que, repentinamente, desaparecía de sus labios aquella eterna sonrisa de hombre amable. Y vi otra cara que yo no conocía, una cara bruscamente dura, una cara con una mueca indefinible, mezcla de fatiga, de hastío, de amargura. Sin que yo le interrogara le oí decir quedamente, sin

mirarme, sin dirigirse a mí, con una extraña voz lejana:

—¡Dios mío, cuánto cuesta llegar!

Me impresionaron de tal modo el gesto, la voz, el doloroso significado de la exclamación, que desde el Círculo al Gobierno, no me atreví a interrumpir el silencio... Cuando minutos después, a la puerta de su alcoba, me despedía de él, era ya el Moret de siempre; la sonrisa, aquella sonrisa dulce y un poco fría, estaba esteceotipada de nuevo en sus labios...

¡Cuántas veces me he acordado, después, de aquella frase de Moret: «¡Dios mío, cuánto cuesta llegar...!» Porque, en efecto, unos meses más tarde, Moret llegaba a la supremacía magistratura... Pero, ¿se puede decir que ha gobernado, un hombre que gobernó en las condiciones de Moret? No hace aún muchas semanas, en estas mismas columnas, recordaba ya que Moret había muerto sin lograr la plenitud constitucional; fué un gobernante, un primer ministro, que cayó del Poder sin haber dispuesto de unas Cortes propias.

La segunda ocasión en que una emoción más fuerte, sin duda, que su voluntad, le hizo olvidar aquella serenidad externa que tanto cuidaba, fué precisamente al abandonar aquel efímero Poder que una conjura le arrebató incógnitamente de sus manos. Ignoro por qué circunstancia me encontraba yo en el Salón de Consejos de la Presidencia, cuando Moret, ya acalorado, volvió de Palacio... Le esperaban algunos ministros. Brevemente les dió cuenta de su dimisión. Al despedirse de ellos oía que les decía:

—Señores... amigos... gracias a todos. Yo he terminado.

Y observé—¡oh, si, lo observé muy bien!—, observé que en sus labios fríos, pálidos, seguía dibujándose la eterna sonrisa, pero sus ojos estaban humedecidos por el llanto... Aquellas lágrimas no podían ser más nobles. No las arrancaba el despecho del Poder perdido, sino el dolor de la injusticia, la amargura de la deslealtad.

Acaso por haber sido testigo, hartó casual, de aquel episodio, nunca pluma de periodista ha defendido con tanta efusión a un hombre público, como la mía, en aquella ocasión, al gobernante caído. Ortega Munilla, el excelso periodista y yo, fuimos los últimos soldados que rendimos las armas en aquella triste aventura política. Mientras escribo estas líneas, tengo ante mí vista una carta de aquellos días, en que D. José Ortega Munilla me decía:

...Por muchas que sean las faltas de Moret, me inspira hoy, más que nunca, respeto y lástima. Soy como, usted, querido López-Ballesteros, un romántico trasnochado; o tal vez, somos usted y yo los únicos que tenemos razón cuando anteponeamos el sentimiento a la conveniencia...

Si, noble y querido Ortega, si, maestro; en aquellos, como en otras muchas cosas, tuvimos y tenemos razón, sobre todo, corazón... ¡qué importa haber errado el camino de las conveniencias...! Sacrificarlas, no está al alcance de todas las fortunas...

Otra carta del mismo Ortega Munilla, va a servirme a modo de epílogo de este mismo episodio. Pocos días después de la caída de

Moret, Ortega me escribía:

«Esta tarde fui a ver a Moret. Me dijo que «usted a usted cariñosamente, porque sólo a usted y a mí debe en estos días de prueba el apoyo generoso de «El Imparcial». Me dijo también, y esto claro que es reservado, que dentro de dos o tres días publicará un documento declarándolo: que arroja de sí los guñapos de jefatura que le han dejado, que ha licenciado a sus amigos, que quiere estar solo, que... y que sin partido, sin amigos, sin más fuerza que la de su propio pensamiento, esperará el desarrollo de los sucesos, como un español que no puede desentenderse del interés de la patria y que no aspira a gobernar...»

El documento que Ortega Munilla me anunciaba confidencialmente en las líneas anteriores, se publicó, en efecto, y pertenece a la Historia política. Es la carta en que Moret dirigíendose a D. Alberto Aguilera, consignaba la frase acerba, dura... «Habiendo sido despedido sin las decencias acostumbradas...»

La tercera y última ocasión en que Moret, fatigado de la humana comedia o quizá intencionalmente, me dejó llegar hasta el fondo de su infinita melancolía, de su alma herida por todas las penas y atarazado por todos los desencantos, fué pocos días después del asesinato de Canalejas. Aquella tragedia parecía traerle a él una compensación del destino. Acaso la rechazó por que era una compensación que venía empapada en la sangre de un hombre ilustre y bueno. ¿Quién no recuerda el espontáneo impulso de aproximación del partido liberal en masa hacia la persona de Moret? Elevado, primero, a la Presidencia del Congreso, no había quien no pensase que la crisis política originada por la desaparición de Canalejas se resolvería definitivamente, reintegrándose a Moret en la jefatura y en la presidencia del Gobierno! El mismo Moret no negaba la posibilidad. Pero entonces, tuve yo ocasión de apreciar personalmente, cierta extraña circunstancia que suscitó en mi ánimo todo género de conjeturas. Moret me confió para su publicación en «El Imparcial» aquellas famosas cartas, firmadas «Hispanicus» que le colocaban en abierta contradicción con lo actuado por el partido liberal en sus negociaciones con Francia.

—Pero, D. Segismundo—le dije yo al leer las cuartillas—, ¿no piensa usted que va a gobernar dentro de unos días...? ¿No serán estas cartas un obstáculo?

Se publicaron las cartas y produjeron el efecto previsto. Recuerdo que, desde Biarritz, León y Castillo me escribía: «...pero, ¿en realidad, «Hispanicus» es Moret? ¡No lo entiendo...!» Se resolvió la crisis y subió al Poder el conde de Romanones. La ola férvida, tumultuosa, que, desde la muerte de Canalejas, volvía a tener su rompiente sonora en la calle de Doña Blanca de Navarra, al pie mismo de la casa de Moret, fué alejándose de nuevo, fría, desmayada; y otra vez la calle quedó desierta y solitaria la casa del ilustre orador.

En uno de esos momentos de soledad—fué mi última visita—, hablé de nuevo con Moret. Estábamos en el pequeño despacho. Y como yo insistiera, comentando la solución de la crisis, en mi preocupación de las cartas de «Hispanicus», me miró de pronto y exclamó sin dejar de sonreír, pero con una voz tan triste...

—Yo no podía gobernar... yo no puedo gobernar... Y añadió inesperadamente—: La vida me falta.

No dijo más; pero a mí me había sobre-

cogido el acento de supremo cansancio con que pronunció aquellas palabras.

Semanas después, en la tarde de un día despreciable y sin luz, comenzó a circular por Madrid la noticia de la muerte de Moret

LUIS LOPEZ BALLESTEROS.

## Milagros de la experiencia

**CUENTO**

Vel-ahamar era un pueblo pintoresco de una belleza infinita; situado en un montículo de suaves pendientes, circundado de vega, poblada de naranjos y serpentada por un caudaloso río, al que la mano del hombre había sustraído gran cantidad del precioso contenido de su alveo, lanzándolo por multitud de arterias que distribuían la fragancia y la vida a toda aquella comarca. Y Vel-ahamar en el camino del progreso, había establecido extrañas y complejas industrias, constituido grandes centros fabriles, abierto extensos establecimientos, fomentado su cultura, robustecido su hacienda, afirmado las buenas costumbres, hasta el punto que Vel-ahamar se había elevado por su laboriosidad y trabajo sobreponiéndose a las otras poblaciones; Vel-ahamar había cimentado su personalidad sobre las inmovilidades bases del trabajo y la honradez, y era pues la capital de aquella región.

A su centros docentes acudía la juventud de los pueblos aledaños, en sus fábricas encontraban el pan los menestrales del lugar, la exportación de los productos agrícolas llenaba de dinero la bolsa de los campesinos; y como resultante de aquel bienestar general, los espectáculos de espartismo se sucedían con frecuencia, los coliseos eran impotentes para contener al numeroso público que pugaban por encontrar acomodo, los certámenes públicos no faltaban y en ellos se experimentaba esa juventud escogida que, forjada en el yunque del trabajo cotidiano, daba esplendor y gloria a su tierra de origen.

Así vivió «alegre y confiada» por espacio de muchos años, radiante de energía, vigorosa, fuerte; sin sospechar, que algún día, el hacha de la adversidad descoyuntara a golpes su armónico organismo. Y llegó, no por ley de vida, sino prematuramente, adelantándose a la evolución normal de las existencias colectivas, llegó el día fatídico, el momento siniestro en que la brava y pujante Vel-ahamar había de sentir en su entraña el calorío espeluznante del acero homicida.

Vel-ahamar tenía que cumplir una ley inexorable y la cumplió; como Esparta, como Atenas, como Roma, como Cartago y tantas otra ciudades que, habiendo impuesto sus métodos el mundo, yacen inertes, tal vez olvidadas en capítulos de la historia.

Y ocurrió que vió cerrarse una tras otra, todas sus fábricas, arrojando en brazos de la miseria a los miles de obreros que en ella se ocupaban y trocando en bosco, el antes plácido vivir de multitud de familias; que los centros culturales tenían despobladas sus aulas, porque la juventud estudiosa abominaba de aquella atmósfera de muerte; vió también su fuerza desmedrada, arrasada por el pillaje, sus comercios desmantelados, su banca derrumbada su hacienda, suprimidas las diversiones.

El hambre hacía presa en todos sus habitantes; apareció la emigración con toda su